

## IV. Análisis de procesos históricos



# Lenguaje y política en una ontología de las fuerzas

CARLOS ARTURO LÓPEZ\*

Artículo recibido: 23/02/2009

Artículo aprobado: 25/02/2009

## Resumen

*Este texto explora los intersticios filosóficos que rodean las tesis, en apariencia homogéneas, planas y limitadas al lenguaje, que Miguel Antonio Caro expone en “Fundación de la Academia Colombiana” y “Americanismo en el lenguaje”. Ocuparse de las hendiduras filosóficas de estos escritos deja ver que son tan profundas, que pueden apreciarse casi como paisajes independientes, aunque las claves de lectura desde las que se han comentado suelen reducir los aspectos filosóficos del trabajo de Caro a una cuestión menor respecto a la historia de la filosofía europea, o al resultado de las circunstancias coyunturales de su tiempo.*

**Palabras clave:** *Miguel Antonio Caro, Filosofía, siglo XIX, ontología, fuerzas, ciencia, Colombia.*

## Language and politics in an ontology forces

### Abstract

*The present text explores the philosophical interstices that surround Miguel Antonio Caro's thesis on language as expounded in his texts “Fundación de la Academia Colombiana” and “Americanismo en el lenguaje”. When closely*

---

\*Magíster en Historia de la Pontificia Universidad Javeriana (Colombia). Filósofo. Investigador del Instituto Pensar y profesor de las facultades de Filosofía y de Ciencias Sociales de la Pontificia Universidad Javeriana. Correo electrónico: carturolopez@gmail.com

*examined, it becomes apparent that these philosophical fissures are so extensive, as to constitute proper landscapes in themselves, in spite of the fact that traditional readings of his writings often reduce the problem to minor issues concerning either the history of European philosophy or dismiss them as the direct and simple result of topical issues of his times.*

**Key words:** *Miguel Antonio Caro, Philosophy, 19th century, Ontology, Force, Science, Colombia.*

## Introducción

En este texto se exploran los intersticios filosóficos que rodean las tesis, en apariencia homogéneas, planas y limitadas al lenguaje, que Miguel Antonio Caro expone en “Fundación de la Academia Colombiana” (FAC) y “Americanismo en el lenguaje” (AL). Como se verá en este texto, al considerar las hendiduras filosóficas de estos escritos, ellas se ven tan profundas que pueden apreciarse como paisajes independientes, aunque las claves de lectura desde las que se han comentado suelen reducir los aspectos filosóficos del trabajo de Caro a una cuestión menor respecto a la historia de la filosofía europea, o, a un simple efecto de los procesos locales.

Carlos Valderrama Andrade es uno de los principales exponentes de la primera clave de lectura, entre sus trabajos resulta significativo el libro titulado *El pensamiento filosófico de Miguel Antonio Caro* (1961).<sup>1</sup> Aquí, al fundar la investigación sobre procesos intelectuales foráneos, al partir de un criterio de medición que es externo a los procesos locales, las reflexiones de Caro aparecen como una imitación más bien floja de los grandes pensadores europeos; además, desde este punto de vista, Caro queda reducido a un pensador que cuando escribió filosofía lo hizo para responder a los coqueteos de algunos colombianos con el pensamiento anglosajón; es decir, cuando se reconocen las reflexiones filosóficas de Caro se las reduce a una cuestión eminentemente coyuntural. Respecto al peso del pensamiento filosófico nacional dice Valderrama Andrade:

Nuestros filósofos resultan dependientes de los europeos en cuanto a la problemática, a la metodología y a las soluciones logradas, con el agravante de que aquí no se conoció la erudición “libresca y un poco pedante”, que acompaña a la filosofía como ciencia. Personalmente

<sup>1</sup> Otros autores, con resultados diversos, han puesto la historia de la filosofía europea como criterio último de medición y juicio de los trabajos de Miguel Antonio Caro; ellos son, por ejemplo, Germán Vargas Gillén (1993) profesor de la Universidad Pedagógica Nacional, quien hace un examen de los vínculos de Caro con las reflexiones sobre el lenguaje de otros pensadores modernos. También están los artículos de Antolín Sánchez Cuervo (2007), investigador del Consejo Superior de Investigaciones Científicas de España (CSIC), quien identifica las tensiones del pensamiento de Miguel Antonio Caro con la tradición moderna ilustrada europea en torno a tres temas: autoridad, clericalismo y tradición.

creo que no se puede hablar específicamente de filosofía colombiana; aquí lo que hemos tenido son resonancias de la problemática filosófica de Europa. Nada más. Nuestros intelectuales, abogados, periodistas y políticos en buena proporción, cuando no fervorosos literatos, no han hecho filosofía; se han limitado a dejarse influir y entusiasmar por las ideas puestas de moda en aquellos centros de cultura que más los han atraído: Inglaterra y Francia en el siglo pasado, los Estados Unidos y hasta Alemania en el presente. En casos excepcionales, como el de Caro, ha sido España la nación inspiradora (1961, p. 93).

Más adelante Valderrama Andrade agrega lo siguiente: “Sobre este panorama quedará fácil colocar la figura de Miguel Antonio Caro, cuyas inquietudes filosóficas y sus polémicas con el utilitarismo y el sensualismo vamos a estudiar ahora” (1961, p. 120). Concentrarse en las disputas con el utilitarismo y el sensualismo no es una inocente limitación del campo de estudio; es una reiteración de la idea de que Caro sólo hizo filosofía coyunturalmente. Una prueba de lo anterior es la siguiente: al observar cuáles son los textos que Valderrama Andrade compiló como escritos filosóficos de Miguel Antonio Caro (Caro, 1962), éstos se caracterizan por cuestionar directamente a las escuelas filosóficas mencionadas (utilitarismo y sensualismo), a sus autores más reputados y a sus temas habituales.<sup>2</sup>

Al limitar su selección de textos filosóficos a las escuelas, autores y temas relevantes para la historia de la filosofía europea, Valderrama Andrade descarta que cualquier otro escrito de Caro pueda estar vinculado con el pensamiento filosófico. Aquél desconoce, por ejemplo, preocupaciones filosóficas de tipo epistemológico u ontológico centrales en cualquiera de los escritos de Caro, y por ello compila y presenta a “los otros trabajos de Caro” como cuestiones temáticas sobre el lenguaje, la pedagogía, la religión, etc. Este punto de vista, además de minusvalorar el trabajo del colombiano de la segunda mitad del siglo XIX y limitarlo a cuestiones coyunturales, impide articular sus reflexiones filosóficas con el resto de su producción escrita.

<sup>2</sup> Existen diversos acercamientos a la resistencia que Miguel Antonio Caro ofreció a estas escuelas filosóficas (López J., 2008a; Jaramillo Uribe, 2001; Valderrama Andrade, 1961).

La segunda clave de lectura de los escritos de Caro se preocupa mucho menos por el desarrollo de sus argumentos filosóficos, y mide tales escritos con la vara de los sucesos ocurridos durante los años en que Caro intervino en el gobierno, un breve periodo de la historia de Colombia que suele llamarse ‘Regeneración’.<sup>3</sup> Sin embargo, evaluar el carácter filosófico de los trabajos de Caro sobre esta perspectiva, no obstante la riqueza histórica que ella entraña, también conduce al reduccionismo.

Uno de los autores más representativos de esta línea de lectura es Rubén Sierra Mejía. Su libro titulado *Miguel Antonio Caro y la cultura de su época*, es una compilación que recoge las investigaciones de diversos filósofos e historiadores sobre la actividad política de Caro como pensador y como mandatario.<sup>4</sup> Este libro, un ejemplo destacado de la literatura más difundida acerca de Caro, se concentra en la lectura de sus textos a partir del contexto histórico, y luego, explica sus diferentes actividades (las cuales son parte del contexto) a partir de sus textos. Esta mirada reduce las posibilidades de lectura filosófica de los trabajos de Caro porque obliga a enfatizar el carácter conservador y católico del autor, con lo cual tiende a leerse su producción intelectual solamente como una apología a la Iglesia, de tinte reaccionario y con más valor retórico que analítico. Este punto de vista autoriza afirmaciones como: las reflexiones de Caro fueron causantes de “una cultura cerrada, de corte autoritario, sometida a la orientación del clero católico; una cultura que tuvo como resultado sepultar el espíritu vigoroso que respiró en un largo período de nuestra historia” (Sierra

<sup>3</sup> Algunos trabajos han avanzado sobre el problema interpretativo que genera el dar tanta importancia a los valores con los que suele vincularse el concepto “Regeneración” (López J., 2008c, Deas, 1983); otros han subrayado una cuestión estrictamente cronológica: Miguel Antonio Caro comenzó a escribir en el primer lustro de la década de los 60, un período que se extiende hasta el final de la década del 70, bajo la égida de gobiernos liberales a los que Caro hizo oposición (Posada Carbó, 2003, 2006, Martínez, 2008).

<sup>4</sup> Otro texto representativo de este grupo es el de Malcolm Deas (1993). Allí, el autor habla de la relación entre el estudio de la gramática y la participación en cargos públicos a finales del siglo XIX y comienzos del XX en Colombia; el artículo, además de señalar tal relación (lo cual resulta un tanto evidente), indica el lugar que el tema de la ‘historia’ juega en las reflexiones de los políticos y gramáticos decimonónicos, de los cuales Miguel Antonio Caro hacía parte. Lastimosamente el texto no pasa de esa mera indicación.

Mejía, 2002, p. 9). Otra serie de afirmaciones que hace posible este punto de vista puede encontrarse en el siguiente párrafo:

En síntesis, en los propósitos políticos y culturales de Caro estaba el de restaurar la sociedad y la cultura española que se había implantado en América a partir de la Conquista, de restaurar la cultura colonial con sus costumbres, su religiosidad y sus maneras literarias de pensamiento. Continuar además con la conquista que había quedado interrumpida con la independencia política de España: es decir, continuar con la tarea de catequizar al indígena en la religión católica y aculturizarlo en los modelos de la civilización hispánica. Religión católica y lengua española, los dos pilares de la Constitución de 1886, no sólo tenían, entonces, el pretexto de dar unidad a la Nación, sino además el propósito ideológico de un programa restaurador (Sierra Mejía, 2002, p. 31).

Este punto de vista, el cual enfatiza los aspectos político-religiosos de los escritos de Caro, parece entrañar una creencia de dos caras: de un lado se supone que en Colombia debió darse la “modernidad” —concepto que usualmente no se define con claridad y se formula en términos teleológicos— y, de otro lado, que esa modernidad se levantaba directamente contra la Iglesia, España y el conservatismo.<sup>5</sup> El énfasis y la doble creencia que dan forma al punto de vista en cuestión autorizan a inferir una anti-modernidad constitutiva en los escritos de Caro que se asocia con el rechazo de la Ilustración y la ciencia (Tovar González, 2002); autoriza a afirmar que tales escritos fomentaron el retraso de la modernidad y de las ventajas políticas (Arango, 2002) y éticas (Parra, 2002) que de ella se hubieran seguido para un Estado-nación en formación como Colombia.<sup>6</sup> Al margen del evidente vínculo de Caro con la Iglesia, España y el conservatismo, inferir una anti-modernidad y una anti-ilustración características de sus escritos parece fundarse menos en las fuentes mismas y más en

<sup>5</sup> Este punto de vista desconoce, por ejemplo, los trabajos donde Oscar Saldarriaga muestra que en Colombia hubo una modernidad católica (2004), tesis que encuentra antecedentes en los trabajos de Jaime Jaramillo Uribe (2001) y Leonardo Tovar (Marquínez Argote, 1997).

<sup>6</sup> De allí que se repita, en textos de Historia, de Derecho, de Crítica Literaria, o de Filosofía, que en Colombia no pudo darse una modernidad, o que ésta fue postergada, fragmentaria o que se dio una modernización sin modernidad, o justo lo contrario, o cualquiera de otros lugares comunes en la literatura sobre Colombia en el siglo XIX y comienzos de XX que considera a la modernidad como un tema central de las investigaciones en ese período —importancia que si bien puede ser cierta, antes de afirmarse debe ser probada—.

la inercia partidista que puebla la historia de Colombia. Una inercia que se caracteriza por mantener separados conceptualmente a los partidos, en detrimento de la comprensión de cómo fueron las actitudes efectivas de los partidarios.

Como respuesta a los trabajos que parten de una esa doble creencia, y que organizan la historia en clave partidista, autores como Óscar Saldarriaga Vélez, desmitificando la noción de modernidad asignándole un conjunto de rasgos específicos (rasgos de tipo epistemológico tomados de las reflexiones de Michel Foucault en *Las palabras y las cosas*), ha mostrado cómo en lugar de rechazar la modernidad, Caro fue uno de los intelectuales que movilizó el pensamiento moderno y las formas de subjetividad modernas en Colombia (Saldarriaga Vélez, 2004). En una reciente compilación de trabajos sobre Miguel Antonio Caro (Domínguez Miranda, 2008), en un artículo titulado “Miguel Antonio Caro, la modernidad del tradicionalismo”, Saldarriaga, una vez presentadas las complejidades del trabajo de Miguel Antonio Caro, afirma:

¿Ideal “conservador” porque no recurre a las ciencias sino a las humanidades, y (en el caso de Caro, que no en el de Bello) a la religión? ¿Ideal “liberal” porque funda todo su edificio en los principios universales de la razón? He aquí el *quid pro quo* que anuda los laberintos de la historia cultural colombiana desde el siglo XIX, repetido y prolongado hasta hoy por filósofos e historiadores de las ideas.

Para evitar caer en una tensión partidista, para no decantarse por una de estas alternativas, Saldarriaga termina señalando la *modernidad del tradicionalismo*. Esta hipótesis, rica en posibilidades de análisis, desbloquea la lectura de los trabajos de Caro, le da otro lugar a la lectura de los escritos de los colombianos del siglo XIX y supera la inercia disciplinar de una forma de entender la historia de Colombia en función de las ventoleras de los políticos de turno y del color de la bandera que agitaban.

Otra excepción en los estudios sobre la producción intelectual de Miguel Antonio Caro puede encontrarse en el libro de Sierra Mejía: se trata de un artículo de Adolfo León Gómez titulado “El estilo

argumentativo de Migue Antonio Caro” (Gómez, 2002). Este artículo, a partir de las herramientas conceptuales que ofrece la teoría de la argumentación, estudia las técnicas argumentativas más comunes en los textos de Caro. El punto de vista de Adolfo León Gómez, de un lado, desentraña el valor que tienen en los textos de Caro elementos de tipo epistemológico que usualmente quedan ocultos en las lecturas reduccionistas. Algunos de estos elementos son la imposibilidad de asumir, sin perder la fuerza de la lógica, una argumentación al infinito y de allí la necesaria aceptación de un origen y un principio de autoridad que supere las opciones personales. De otro lado, este punto de vista ni reduce el valor argumentativo de los trabajos de Caro (incluso invita al lector a aumentar la comprensión del modo de vida al que ese tipo de argumentación se asocia), ni limita su trabajo filosófico a aspectos puramente coyunturales (afirma que los textos religiosos que Valderrama compila junto a los filosóficos no tienen grandes diferencias con éstos), ni explica sus argumentos a partir de las condiciones sociopolíticas del tiempo en que fueron emitidos (abriendo con ello la posibilidad de un estudio que parta de los textos y que no los enmarque en una lectura prefabricada que si bien no miente sobre ellos, tampoco les hace justicia).

Como Adolfo León Gómez, quién se acerca a los textos de Caro sin sobreexponerlos a luz que proyectan la historia de la filosofía europea y el contexto histórico colombiano, aquí se toman dos textos sobre el lenguaje que Valderrama, en sus compilaciones, no consideró filosóficos (Caro, 1980). Este par de textos son tomados como excusa para mostrar que en la base de las reflexiones de Caro existen, por un lado, sólidas inquietudes filosóficas, y, por otro lado, grandes panoramas que conectan sus reflexiones sobre el lenguaje con la vida política iberoamericana. Ahora, a diferencia de Gómez, no partiremos de los conceptos de la teoría de la argumentación, sino del carácter ontológico de las reflexiones de Caro. En otro lugar se han estudiado las consecuencias morales de las inquietudes epistemológicas de este autor (López J., 2008a, Domínguez Miranda, 2008). Aquí se van a explorar algunas cuestiones sobre la concepción que Caro tuvo de la esencia del mundo y los efectos políticos de tal concepción. Con esta reflexión se probará que los trabajos filosóficos de Caro no sólo son

coyunturales, y se mostrará que los textos que escribió pueden explicar sus acciones políticas, y que éstas no dan plena cuenta de aquellos.

### **Movimiento natural y libertad, las fuerzas del lenguaje**

Como se anunció en las primeras líneas del presente artículo, aquí se habla de los intersticios filosóficos que rodean las preocupaciones más evidentes de FAC y AL; pero, antes de mirar el abismo conviene apreciar la llanura. Los nombres de los artículos indican que ambos se ocupan de presentar cuestiones en torno al lenguaje. El primero habla de las funciones de la Real Academia Española y de cómo la Academia Colombiana se fundó para seguir y apoyar el proyecto, la legislación y los objetivos de aquella; el segundo es una reflexión sobre, según Caro, el importante y muy apreciado papel que en ambos lados del Atlántico se le reconoce a los americanos en el desarrollo de la lengua española.

Uno y otro artículo refieren insistentemente el parentesco indeleble, la *unidad* sin ruptura entre América y España. Por eso, en ellos, Caro presenta a la guerra de Independencia como una guerra civil, como una petición de emancipación respecto a la madre patria, y no como el rechazo absoluto de lo que ella heredó a las jóvenes naciones americanas. Para fortalecer su imagen del movimiento independentista Caro afirma que aun con las discusiones en torno a la religión católica, ella prevaleció, y del mismo modo lo hizo el español —en América nunca hubo (salvo por Sarmiento)<sup>7</sup> alguien que quisiera reemplazar la lengua que vino de Europa por alguna de las nativas de América (Caro, FAC, 1980, pp. 95 y 99). En esta misma tónica, a autores como Juan María Gutiérrez —un bonaerense y el primer americano en rechazar la membrecía de la Real Academia Española en defensa los destinos del español en el “nuevo mundo”—, quién objetó la necesidad de mantener una unidad idiomática entre América y España, Caro le reclama el que no tome en cuenta que la defensa del surgimiento de nuevos dialectos americanos tendería a la disolución de la unidad lingüística entre los americanos mismos.

<sup>7</sup> Para Caro, Sarmiento, no es más que la excepción que comprueba la regla.

Para Caro promover esta fragmentación de la lengua es inaceptable: ya es bastante tener que lidiar la tendencia natural del lenguaje a la dispersión para mantener una unidad idiomática. Esta unidad —para Caro valiosa en sí misma (por los espíritus dotados que la nutrieron en el pasado y por la tradición milenaria que alberga) y valiosa como medio (de comunicación y de comercio con el mundo)— no consiste en una quietud eterna, al contrario, es una unidad en movimiento que tiende a la descomposición por el movimiento mismo, y para evitar la descomposición, el *movimiento natural del lenguaje* debe ser orientado por la razón.

Ahora, si la razón humana quiere cumplir a cabalidad con el deber de *conservar* la unidad, ella requiere formas institucionales que ejerzan la fuerza suficiente para restringir y direccionar el *movimiento natural*. Algunas de estas formas institucionales son la Real Academia Española y sus pares americanas. Ellas, en primer lugar, se encargan del direccionamiento del español; en segundo lugar, deben permitirle a los hispanohablantes hacer más fuerte la lengua con sus aportes particulares. La necesidad de estas instituciones tiene que ver, no tanto con la obsesión de un hombre por el orden, sino con las necesidades argumentativa, social, política y epistemológica de enfrentar las dos fuerzas que movilizan el lenguaje: la espontaneidad de lo que aquí se llamó el *movimiento natural*, y el orden racional que imponen los hombres gracias a la *libertad* que les permite sobreponerse a las fuerzas desintegradoras de la naturaleza.<sup>8</sup>

La libertad en la unidad, el progreso en el orden, es rumbo lógico de una sociedad que aspira a alcanzar alto grado de civilización.

<sup>8</sup> Un desarrollo de lo que se podría llamar la *antropología* de Caro puede verse en “Miguel Antonio Caro y el acto de escribir” (López, en Domínguez Miranda, 2008). Allí se presenta al hombre como un ser definido por una posición intermedia entre lo natural y lo divino, lo que a su vez condiciona el conocimiento y la moral. En es documento se usa la expresión “intermedia” a partir del siguiente texto de Caro: “Las razones que presidieron a la formación primitiva del lenguaje se ocultan en edades donde reina el silencio, y sólo Dios, autor de toda creación, posee la llave de este altísimo misterio. Toda investigación histórica parte de un origen secundario: por manera que la razón en que se apoya el uso, cuando le explicamos con arreglo a otro uso anterior, es relativa; y así, caminando siempre en una región intermedia, incapaces de explicar el uso en sus orígenes, como creación, sólo hemos de estudiarle en sus desarrollos, como transformación” (Caro, URL, 1980, p. 38).

La unidad de la lengua no es el vínculo que menos afianza la fraternidad de Repúblicas que, si sólo a intereses políticos atienden, no siempre tendría motivo plausible de apellidarse hermanas. Multitud de tribus, discordantes en las ideas y en el habla, órgano de las ideas, poblaban nuestra América. La conquista estableció la unidad del culto y de la lengua. La emancipación acarrió un nuevo elemento de grandeza, la libertad. Combinados estos elementos serán factores de civilización progresiva (Caro, AL, 1980, p. 118).

La anterior cita es un ejemplo de lo que aparece un poco velado en ambos textos (FAC y AL): una relación entre política y lenguaje que es posible por el papel que juegan los dos motores de la lengua. Sin embargo, debido a la preponderancia de éste último tema —la lengua parece una llanura homogénea sobre la que se mueve Caro—, su relación con la política es apenas perceptible. Para evidenciar esta relación hace falta introducirse en los intersticios filosóficos de los dos artículos.

### **El ‘mundo’ como fuerzas en conflicto**

La cita sobre la relación entre libertad-unidad, progreso-orden continúa así:

Sin libertad, el progreso se estanca por falta de motor. Pero sin unidad, las fuerzas se fraccionan y descarrían, y el progreso social no sólo se entorpece, sino que se hace imposible, hasta que esfuerzos nuevos se conjuran a restablecer la pérdida de la unidad. La corrupción reciente de una lengua arguye desorganización social; y entregarse con indolencia o con placer a esa corriente, es seguir sin miedo o adoptar con gusto un rumbo evidentemente extraviado o retrospectivo, con respecto al que sacando a los pueblos del estado salvaje los encamina a sus gloriosos destinos.

Este fragmento, en contexto, muestra que el lenguaje, en tanto que tema de investigación, se soporta sobre otras cuestiones: la libertad, la unidad, el progreso, el orden, el perfeccionamiento de una sociedad (civilización), la hermandad entre repúblicas. Aislado, el fragmento en cuestión recuerda mucho menos las preocupaciones de Caro por el lenguaje, y en cambio muestra con mayor claridad las fracturas de la, en apariencia, homogénea llanura. Al mirar dentro de los abismos filosóficos se aprecian las placas tectónicas en las que se apoyan las reflexiones de Caro.

Volvamos a plantear la cuestión. A partir de lo dicho, ya se puede comenzar a afirmar que en los escritos de Caro hay una ontología sólida, que no es un simple resumen de los pensadores foráneos de su tiempo, y que está constituida por elementos que van más allá de la inmediatez de la vida política colombiana. Una vez esto se evidencia, es posible hacer a un lado la inercia que suponen las lecturas reduccionistas de los escritos de Caro, y con ello se puede visibilizar cómo en esos escritos se dibuja una la figura general del mundo que da consistencia a las reflexiones particulares. Esta figura es la del movimiento y el conflicto permanente. Aunque en FAC y AL no aparece explícitamente, veamos que dice Caro al respecto en otro lugar (“*El darwinismo y las misiones*” (DM)):

El error darwiniano como todo error, envuelve una verdad incompleta y trunca. Nadie ha negado que las criaturas vivan en guerra. Nadie ha negado tampoco que el fuerte domina al débil. Ni ha habido quien con pluma tan vigorosa y colores tan vivos como lo pintó De Maestre, tantas veces citado, haya descrito el estado de guerra permanente que ofrece el espectáculo de la naturaleza. Pero los darwinistas incurrían en el error de inferir de los triunfos de la fuerza un estado convencional de transformismo, que los hechos no comprueban, y luego en el contemplar sólo lo material, prescindiendo de las fuerzas morales y del poder sobrenatural, sin el cual la historia del género humano no tiene explicación posible (Caro, DM, 1962, p. 1099).

Como se puede ver, Caro postula un *movimiento natural* que tiende a la desintegración de las sociedades y todos los elementos que las componen: no se trata sólo del lenguaje, se trata de las religiones, las costumbres, leyes e instituciones; esta cuestión incumbe también a los individuos, pues en su formación la tendencia natural puede inclinarlos por caminos que impiden un *correcto* desarrollo. Sin embargo, el mundo humano no se encuentra bajo el sometimiento absoluto del movimiento natural, pues en el hombre Caro simultáneamente postula una libertad que darwinistas, liberarles, positivistas y otros “sensualistas” no contemplan, y esto porque se limitan a apreciar los datos empíricos, en detrimento de una mirada totalizadora.

Ya puede apreciarse cómo el movimiento natural y la libertad son aspectos que no sólo intervienen en el lenguaje. La combinación de

ambos es fundamental para contestar a la pregunta por el “correcto desarrollo” que tanto preocupa al autor de FAC y AL. Según la respuesta inercial de los lectores reduccionistas de Caro, la dirección de ese desarrollo no parece ser muy sólida. Sin embargo, enfocarse sólo en la religiosidad o el partidismo de este escritor decimonónico obstaculiza la visualización de los aspectos fundamentales.

Se trata, como ya se ha dicho, de un problema ontológico. El ‘mundo’, cuestión que Caro no desarrolla ampliamente en un trabajo específico, es, para él, un conjunto de fuerzas en conflicto, y por ello mismo, fuerzas que se mueven hacia la desintegración. La razón humana, una de esas fuerzas, tiene la capacidad, por medio de la violencia,<sup>9</sup> de subsumir otras fuerzas y direccionarlas hacia una victoria duradera que tiene la forma de una unidad armónica. Esta reflexión sobre el mundo se efectúa, como en el caso de FAC y AL, a través de una reflexión sobre el lenguaje.

Caro elige el lenguaje y no una reflexión abstracta sobre el modo de ser del mundo, porque, en primer lugar, el lenguaje despierta el interés de Caro pragmáticamente —gracias a éste se puede evitar la violencia física y se fomenta la hermandad entre las naciones que la comparten—, y en segundo lugar, el lenguaje es un punto de observación privilegiado de la dinámica de esas fuerzas; en él se aprecia la riqueza de la comunicación actual, producto del movimiento, y la potencia del pasado, acumulado en el mismo, gracias a los dos motores de la lengua. Por último, el lenguaje es la forma en que se pueden describir los rasgos evolutivos de una sociedad y valorarlos como progreso o degeneración.

Finalmente, Caro se refiere al problema del lenguaje porque encuentra una íntima relación entre éste y otros aspectos de la vida humana, una relación tan evidente que no teme afirmar, por ejemplo, que “¡La Lengua es la Patria!” (Caro, FAC, 1980, p. 81), o que “la literatura de un pueblo es su lengua misma, dotada de ánima viviente por sus

<sup>9</sup> “el arte de gobernar, y en términos generales, toda ciencia aplicada a la mejora de la sociedad o del individuo, la educación, en fin, es una suave violencia que la razón hace a la naturaleza” (Caro, URL, 1980, p. 135).

grandes escritores. Identificándose con la literatura, la lengua íntima relaciones con el estado social y político de los pueblos” (Caro, AL, 1980, p. 101). Las fuerzas en conflicto, constitutivas del mundo, se expresan en el lenguaje, y la capacidad humana de conducir el movimiento natural del mismo, su libertad, es la condición de posibilidad de la vida política de los hombres.

### Lenguaje y política

Una vez hemos visto los intersticios filosóficos, las llanuras no son iguales; los pliegues políticos del texto se vuelven constitutivos de la reflexión aparentemente homogénea sobre el lenguaje. En AL, por ejemplo, si Caro no acepta los razonamientos y proyectos de los neógrafos americanos, o cualquier otro aspecto del “americanismo en materia de lenguaje” que propone Gutiérrez —el ilustre bonaerense que rechazó una silla en la Academia Española—, no se debe a una especie de *purismo hispanófilo*, sino a que, para Caro, esta actitud responde a un contrasentido; rechazar la unidad del castellano fomenta la multiplicación del mismo en “dialectos” locales, lo que a su vez genera un problema internacional:

La [lengua] castellana, en España y América, habrá de crecer y desarrollarse según las leyes de su vida orgánica, en sentido progresivo y uniforme, encaminándose a mayor perfección; o habrá de transformarse y acomodarse con sordo movimiento a las peculiaridades de cada región y cada clima, hasta reaparecer, tras largo periodo de anárquica confusión, en nuevas y variadas formas. (...) y en verdad que los americanos sí tenemos un interés, y muy serio, en mantener la unidad de una lengua que constituye el medio de comunicación fraterna entre las Repúblicas que componen la familia hispano-americana (Caro, AL, 1980, pp. 127–128).

Además de este argumento pragmático (la unidad idiomática se requiere para comunicarnos con el resto de la América española), Caro tiene razones de tipo ontológico, pues el americanismo conduce a la pérdida de potencia por la liberación de sus engranajes. Así, en detrimento de la unidad, aparecen pequeños reductos de fuerza: dialectos locales. En AL se afirma que una lengua *fuerte* no teme a los embates de los rumores “advenedizos”, y menos aún la lengua de Castilla con “su triple aureola de gloria, literaria, política y religiosa” (Caro, AL, 1980,

p. 131), aureola que sólo se ha conservado por concentración de las energías que una raza y una religión (la de la unidad según Caro) han soportado y acrecentado. El cierre del texto refuerza el vínculo entre el lenguaje y la vida en sociedad:

Todo imperio, toda humana soberanía sucumbe faltando la virtud que la sustenta. Las lenguas que, como la nuestra, merecen el título de soberanas e imperiales, no morirán, pero sí, semejantes a la Justicia, que huyendo de la tierra se subió al cielo, pueden abandonar los labios de la humana gente para vivir una vida inmortal en el santuario de los libros, desde el punto en que cese el culto que las (sic) debemos (Caro, AL, 1980).

Sólo el estudio y desarrollo de las lenguas, de su pasado y de su presente, las mantendrá fuertes y vivas; solo así se conserva la unidad de fuerzas que toda empresa humana requiere.

Por su parte, en FAC, el tema de la potencia de una lengua sigue siendo importante, pero esta vez por el énfasis que Caro hace en el problema de la unidad. Para comenzar, en ese artículo Caro toma un verso de Virgilio que describe a un pueblo vencido que camina en hilera con *variadas* lenguas, hábitos, vestidos y armas (*/incedunt victae longo ordine gentes / Quam variae linguis, habitu tam vestis et armis*):<sup>10</sup>

Rasgo admirable, por la lección que envuelve de filosofía de la historia. Sólo careciendo de la unidad de lenguaje que en los primitivos tiempos hizo del género humano una sola familia, se concibe el vencimiento de muchos pueblos atados al carro de un señor universal; del mismo modo que, sólo cuando un grupo de naciones tiene un idioma común, puede la una pasear por el territorio de la otra sus banderas como amigas, no ya como conquistadoras. (Caro, FAC, 1980, p. 82).

La unidad de la lengua, clave de esta reflexión, no se expone como una cuestión aislada, sino que ella justifica y prueba la diferencia de fuerza combativa entre dos pueblos. La unidad lingüística no sólo fortaleció a los americanos contra España, sino también a los españoles cuando llegaron a estas tierras y no encontraron un enemigo unificado

<sup>10</sup> Una traducción libre de estas líneas puede ser: /Marchan vencidos en largo desfile los pueblos/ Cuan variadas las lenguas, las costumbres, como los vestidos y las armas.

(pues los habitantes carecían de una lengua común, es decir, de una unidad).<sup>11</sup>

Que si la unidad de lenguaje ha sido siempre una bendición de Dios, un principio de fuerza incontrastable, la multiplicación de dialectos ha sido a su vez, desde la ruina de Babel, castigo providencial, anuncio de debilidad, y presagio de destrucción de naciones enteras (Caro, FAC, 1980, p. 83).

Aquí, Caro resalta la fuerza que se puede percibir en la unidad, y la potencia que se expresa como duración. En otro lugar, a través de una analogía tomada de Horacio (el poeta romano del siglo I a.c.), Caro muestra al lenguaje como un árbol y a las lenguas como ramas que se mantienen vivas y fuertes si beben de la sabia de aquél;<sup>12</sup> sólo durará aquello que no pierde su relación con la totalidad, así conserva su fuerza; el presente de una rama, de una lengua, depende de su pasado, de las fuerzas acumuladas con el paso del tiempo.<sup>13</sup> Esquemáticamente se puede afirmar que acumulación es fuerza y fuerza es duración, y las reflexiones que permiten mantener sólidamente el lazo de fuerza, expresado como acumulación y duración, son las filosóficas; sólo la filosofía puede percibir la totalidad.

No es extraño entonces que al tocar el tema de la guerra de Independencia Caro insista en que la emancipación no se debió a la

<sup>11</sup> La idea de *fuerza para la guerra* que entraña esta noción de unidad se puede ver con mayor claridad en “La conquista” (Caro, La conquista, 1951). Allí, el concepto de *unidad* además de garantizar la victoria también garantiza la duración. En otro lugar se llama a esta relación entre la duración y la fuerza: *criterio cuantitativo*. Al respecto véase “Miguel Antonio Caro y el acto de escribir” (López, en Domínguez Miranda, 2008)

<sup>12</sup> “... las hojas (en que están ahí figuradas las palabras) se muda y renueva; pero hojas nuevas y nuevos frutos, repiten la misma figura y condiciones de las hojas y frutos que caducaron: adhiriéndose al mismo tronco, alimentándose de la misma savia vital, conformándose con el tipo determinado por los caracteres originarios de la planta. Así el lenguaje que está en uso es una renovación del lenguaje ya desgastado; brota de la misma raíz que éste; animalé el mismo espíritu viviente que a éste animaba, y como él, obedece a las leyes históricas de la lengua. El lenguaje se subordina a la lengua, y ésta a su tipo específico” (Caro, URL, 1980, pp. 23-24).

<sup>13</sup> La analogía del árbol también aparece en otros textos para hablar de la religión: “[No] osaron o no supieron señalar las causas de los hechos que reconocían de buen grado; no echaron de ver que el catolicismo es el árbol que vive y florece alimentado por la savia sobrenatural, y que las sectas disidentes son las ramas que se secan y mueren desgajadas del tronco materno” (Caro, La conquista, 1951, p. 235).

sangre americana, sino a la española, y por ello América debe a España respeto por la consanguinidad, gratitud por la fuerza heredada y fidelidad por el proyecto unitario en que fue inscrita. Tampoco sorprende el rechazo enfático de Caro a los productos de una cultura como la anglo-americana (v.g., el utilitarismo); acercarse a tales productos implicaría poner en riesgo la vida de las repúblicas de la América española:

Sí: todo se hereda, todo se trasmite por la generación. El hijo que para salir de la patria potestad pretenda renunciar cuanto a sus padres debe, tendrá que desechar su propia sangre y su misma vida. Bien al contrario, los pueblos como los hombres, si han de cumplir con gloria su misión sobre la tierra, tienen que cultivar las facultades que han heredado. De las que España nos comunicó, de los bienes que de ella recibimos, sólo el precioso don de la lengua cae bajo la jurisdicción de nuestra Academia, y sólo de esto le cumple hablar. Pero el individuo encargado por ella de escribir esta introducción, ha estimado conveniente consignar estas reflexiones preliminares, como naturales premisas, tratándose de la apología de nuestra hermosa lengua y de su importancia *americana*, y también como expresiones de sentimientos cristianos de siempre útil recordación (Caro, FAC, 1980, p. 87).

Ya se ha mostrado que en cuestiones de lenguaje no se trata ni de simple devoción por la tradición española, ni de una ciega religiosidad, sino de la fuerza (potencia y duración) del pasado que las Academias deben administrar convenientemente. Ellas tienen que encargarse de dos tareas básicas: organizar la herencia de la lengua y ordenar el movimiento de la misma a partir de la recuperación de las obras producidas en la América española; recuperar lo que Caro mismo nombra como “este secular depósito”:

Cuando en un pueblo han hecho las edades grandes acumulaciones de trabajos científicos y literarios, no basta muchas veces la consagración afanosa de individuos aislados para ordenar aquellos trabajos archivados por la mano del tiempo, para juzgarlos y elegir en masa tan confusa lo digno de transmitirse a la posteridad. Entonces la asociación de esfuerzos inteligentes es tan necesaria para componer la historia, formar el gusto y ejercitar la crítica investigadora e imparcial, como es necesaria en otros departamentos de la sociedad civilizada para desarrollar la riqueza y perfeccionar la industria (Caro, FAC, 1980, p. 99).

Se trata, en último término, y más allá de la cuestión del lenguaje, de ordenar las fuerzas individuales en un solo movimiento a través del canal en el que se deben convertir las instituciones. Fuerza y victoria mueven la reflexión de Caro más allá de las luchas coyunturales en las que se enfrascó; estas nociones le ayudan a establecer valores para la acción individual, para el gobierno o la educación, y no los santos valores de la salvación, sino los de la guerra: el victorioso, el más fuerte y duradero que se impone en el movimiento.

Estas nociones de carácter ontológico también determinan el curso de sus acciones en política, pues el único modo en que se puede dar esa duración es a través del recuerdo y la recuperación del pasado (literatura clásica, historia, tradición, religión) y la organización institucional (Estado centralista, centros educativos, academias de la lengua, Iglesia), es decir, a través de la construcción de lo que el mismo Caro llama la civilización. ¿Cómo identificar el correcto desarrollo? Gracias a la luz del pasado y la dirección de las instituciones; ¿por qué hacerlo así? Porque en una ontología de las fuerzas que define un mundo en conflicto, expuesto al movimiento incesante, la norma no puede ser otra que la victoria; la razón es la del más fuerte —aunque, como ya se mostró, no necesariamente se trata de fuerza física, sino de la fuerza de una cultura que se soporta en el pasado como fuente de legalidad—. Entonces, si “¡La Lengua es la Patria!”, lo es porque ella hace parte de las armas y de las estrategias para prolongar la vida de lo que en otros lugares Caro llama “La raza latina”.

### Un breve excursio de cierre

Luego de presentar el proyecto ontológico que aparece en los escritos de Caro, conviene hacer un sucinto balance de los resultados de las lecturas reduccionistas. En un grupo de estos trabajos se dice que Caro sólo hizo filosofía coyunturalmente, que únicamente escribió algunos textos filosóficos con el fin de responder a sus contemporáneos en temas muy precisos. Pero, al revisar los supuestos ontológicos de sus reflexiones sobre el lenguaje, pudimos ver que en ellos había mucho más que la reflexión técnica de un gramático, lexicógrafo o filólogo; en esos escritos habita el esfuerzo filosófico —según la imagen de filosofía que el mismo Caro defiende— de ordenar la tota-

lidad del mundo a partir de una imagen general de su “modo de ser”; es decir, en sus reflexiones sobre el lenguaje, y de hecho en algunas sobre la historia o la ciencia, Caro muestra un conflicto fundamental, un movimiento natural, que el hombre a voluntad puede, aunque no contener, sí ordenar; de este modo, el mismo hombre tiene las condiciones para garantizar un futuro más estable para generaciones venideras. Se trata, pues, en última instancia, de mostrar que los escritos de Caro se apoyan sobre esa plataforma ontológica que les da, además de consistencia, una línea política específica.

A las investigaciones que reducen los escritos de Caro al estatuto de simples prédicas de un piadoso feligrés y de emotivas proclamas de un militante político, se les debe hacer un cuestionamiento: ¿De qué sirve hacer una historia del pensamiento, de la filosofía, de la producción escrita, de los intelectuales, etc., si ésta no es otra cosa que la repetición monótona de la historia política y social? Es más, ¿acaso no es evidente que los escritos de un tiempo deberían ser insumos para comprender un período de la historia y no a la inversa como pretende el reduccionismo socio-político? Si el estudio de unos textos ubicados en un lugar y un momento específicos no sirve para iluminar, por ejemplo, los procesos políticos, económicos y sociales, no valdría la pena llevarlo a cabo.

Los textos de Caro muestran, por ejemplo, que si él eligió a la Iglesia Católica, al conservatismo y a España, no lo hizo por ciega devoción, por temor al cambio y por una hispanofilia exacerbada. Más allá de una elección o una preferencia personal, discursivamente, se vio conducido a mostrar —y en sus textos se puede encontrar un arsenal argumentativo al respecto— que Colombia sólo podría sobrevivir como nación a través de la orientación moral de la tradición milenaria del catolicismo; de un proyecto centralista que, a diferencia del federalismo, aunara fuerzas para mantener vivo el espíritu nacional; del conocimiento de una tradición que comienza en Roma y continúa en España. Y por discursivamente debe entenderse tanto a las exigencias lógico-epistemológicas, como a las consecuencias prácticas morales y políticas de sus razonamientos.

Como se puede ver, no es suficiente decir que Caro se vinculó con el tradicionalismo español, o que éste escribió sobre los temas mencionados porque era católico. Si se quieren evitar estos y otros reduccionismos, el estudio de la producción intelectual de un lugar y un momento dados debe alcanzar un grado de independencia suficiente y un alto nivel de comprensión del detalle argumentativo para luego poner sus resultados en relación con la historia del pensamiento internacional o con las historias nacionales. Si bien no se puede predecir la importancia de esta puesta en contacto, al menos sí se pueden esperar resultados mejores de los obtenidos hasta la fecha, pues ni se simplificaría esa producción, ni se la limitaría a los avatares sociales y políticos que, aunque la intervienen en su realización, no son un determinante absoluto.

Más arriba se mencionó que el cambio de la perspectiva contextuista no sólo supera el partidismo de la historia cultural colombiana, sino que potencia nuevas vías de interpretación de los escritos del siglo XIX, además de traer nuevos temas. Algunos de estos temas van directamente contra la doble creencia sobre la modernidad; por un lado, permiten afirmar que en Colombia sí hubo modernidad, incluso desde los tiempos de la Colonia;<sup>14</sup> por otro lado, que las formas de modernidad y la prácticas intelectuales que se asocian con ella, en lugar de liberar a las naciones colonizadas, han perpetuado la dominación colonial y promovido las formas de subjetivación y control que se asocian al surgimiento del capitalismo y el Estado-nación.

Estas nuevas lecturas han mostrado los venenos de los discursos modernos, ilustrados, y de la ciencia del progreso, y con ello han ayudado a apuntalar críticas muy sólidas contra los mitos fundadores de la nación (como la Ilustración en la Independencia), han fortalecido la historia regional y han aportado nuevas estrategias de análisis de los documentos. Pero tales análisis también han sometido las fuentes que estudian a modelos discursivos estandarizados que impiden considerar lo específico de los procesos locales. Inscribir a

---

<sup>14</sup> Al respecto vale la pena mencionar algunos trabajos de Mauricio Nieto (2000) y de Santiago Castro-Gómez (2005).

los escritores colombianos en la modernidad, o en la pre... , o pos... modernidad, en epistemes o biopoderes, o en el sistema mundo, y dar cuenta de su trabajo en estos términos, impide la formación de un discurso local y unas dinámicas internas que puedan oponerse a las estandarizaciones que se producen desde los países del “centro”.

Cuando se afirma que la producción intelectual de Caro sólo es un pálido reflejo de la historia de la filosofía europea (lo cual aun si fuera cierto resultaría irrelevante), o que sólo hace filosofía coyunturalmente, o que su trabajo no es más que la inercia contextual, se están legitimando las estandarizaciones que no dan cuenta de las fuentes; esto ocurre aún cuando reconocemos en esas fuentes su modernidad, o si vemos en tal modernidad los vestigios de una colonialidad-del-poder. Ya sabemos bastante de lo que se ha dicho, y con justa razón, sobre los problemas políticos que se siguen de escritos como los de Caro; ya sabemos los resultados de estos señalamientos: que hubo atraso para Colombia, fragmentación de la nación (o viceversa, según el historiador consultado); más aún, conocemos los límites de las investigaciones de este tipo: sí hubo modernidad y ella, en lugar de liberar y traer el progreso, perpetuó la dominación de estos territorios.

Conociendo esto, es hora de pensar si las afirmaciones de las lecturas reduccionistas no han permitido visualizar un proyecto filosófico que piensa desde la situación política concreta, y no desde la emulación de los héroes foráneos, una reflexión que tiene una bandera propia que va más allá de la imitación y de la reproducción de las condiciones sociopolíticas. Es hora de empezar a identificar un lógica propia de los escritos locales<sup>15</sup> que pueda contrastarse con las estandarizaciones y no sólo acomodarse a ellas; en fin, es hora de pensar si incluso categorías de clasificación como “filosofía” son suficientes.

<sup>15</sup> Ya se han presentado algunos esfuerzos para pensar, respecto a Latinoamérica, una historia de los intelectuales (Altamirano, 2008), e incluso una historia de su pensamiento filosófico (Beorleguí, 2006).

## Referencias bibliográficas

- Altamirano, C. (2008). *Historia de los intelectuales en América Latina* (1ª ed). Vol. I. La ciudad letrada, de la conquista al modernismo. Buenos Aires: Katz.
- Arango, R. (2002). La construcción de la nacionalidad. En R.S. Mejía. *Miguel Antonio Caro y la cultura de su época* (p. 394). Bogotá: Universidad Nacional.
- Beorlegui, C. (2006). *Historia del pensamiento filosófico latinoamericano. Una búsqueda incesante de la identidad*. Bilbao: Universidad de Deusto.
- Caro, M. A. (1980). Americanismo en el lenguaje. En M. A. Caro y C. Valderrama Andrade (Ed.). *Obras III* (Vol. 3, pp. 101-132). Bogotá: Instituto Caro y Cuervo.
- Caro, M. A. (1980). Del uso en sus relaciones con el lenguaje. En C. Valderrama Andrade. *Obras III* (pp. 3-80). Bogotá: Instituto Caro y Cuervo.
- Caro, M. A. (1962). El darwinismo y las misiones. En C. Valderrama Andrade. *Obras I* (pp. 1.049-1.107). Bogotá: Instituto Caro y Cuervo.
- Caro, M. A. (1980). Fundación de la Academia Colombiana. En M. A. Caro y C. Valderrama Andrade (Ed.). *Obras III* (Vol. 3, pp. 81-100). Bogotá: Instituto Caro y Cuervo.
- Caro, M. A. (1951). La conquista. En M. A. Caro. *Artículos y discursos* (pp. 219-245). Bogotá: Iqueima.
- Caro, M. A. (1980). *M. A. Caro* (Vol. III). (C. Valderrama Andrade, Ed.) Bogotá: Instituto Caro y Cuervo.
- Caro, M. A. (1962). *M. A. Caro Obras* (Vol. I). (C. Valderrama Andrade, Ed.) Bogotá: Instituto Caro y Cuervo.
- Castro-Gómez, S. (2005). *La hybris del punto cero. Ciencia, raza e ilustración (1750-1816)*. Bogotá: Editorial Javeriana.
- Deas, M. (1993). *Del poder y la gramática. Y otros ensayos sobre historia política y literatura colombianas*. Bogotá: Tercer Mundo.
- Deas, M. (1983). La Regeneración y la Guerra de los Mil Días. En M. Palacios, M. Deas y F. Safford. *Aspectos polémicos de la historia colombiana del siglo XIX* (p. 230). Bogotá: Fondo Cultural Cafetero.
- Domínguez Miranda, M. (2008a). *Algunas facetas del pensamiento de Miguel Antonio Caro*. Bogotá: Editorial Javeriana.
- Domínguez Miranda, M. (2008b). *Introducción al pensamiento filosófico de Miguel Antonio Caro*. Bogotá: Editorial Javeriana

- Gómez, A. L. (2002). El estilo argumentativo de Miguel Antonio Caro. En R. S. Mejía. *Miguel Antonio Caro y la cultura de su época* (p. 394). Bogotá: Universidad Nacional.
- Jaramillo Uribe, J. (2001). *El pensamiento Colombiano en el siglo XIX*. Bogotá: AlfaOmega.
- López J., C. A. (2008a). La politización en las lecturas canónicas: Miguel Antonio Caro lector de Jorge Isaacs. *Memoria y Sociedad*, 12 (25), 77-94.
- López J., C. A. (2008b). Lenguaje y autoridad: totalidades localizadas. En M. Domínguez Miranda. *Algunas facetas del pensamiento de Miguel Antonio Caro* (pp. 1-40). Bogotá: Editorial Javeriana.
- Marquínez Argote, G. (1997). *La filosofía en Colombia*. Bogotá: El Buho.
- Martínez, L. (2008). La otra cara de Miguel Antonio Caro. En M. Domínguez Miranda. *Algunas facetas del pensamiento de Miguel Antonio Caro* (pp. 1-20). Bogotá: Editorial Javeriana.
- Nieto, M. (2000). *Remedios para el imperio. Historia Natural y la apropiación del Nuevo Mundo*. Bogotá: ICAHN.
- Parra, L. (2002). Miguel Antonio Caro y la moral utilitarista. En R. S. Mejía. *Miguel Antonio Caro y la cultura de su época* (p. 394). Bogotá: Universidad Nacional.
- Posada Carbó, E. (2006). ¿Libertad, libertinaje, tiranía? La prensa bajo el Olimpo Radical en Colombia, 1863-1885. En R. Sierra Mejía. *El radicalismo colombiano del siglo XIX* (pp. 147-167). Bogotá: UNAL.
- Posada Carbó, E. (2003). *El desafío de las ideas: ensayos sobre historia intelectual y política en Colombia*. Medellín: Eafit.
- Saldarriaga Vélez, O. (2004). Gramática, epistemología y pedagogía en el siglo XIX: la polémica colombiana sobre Los elementos de ideología de Destutt de Tracy (1870). *Memoria y Sociedad*, 8, 17.
- Sánchez Cuervo, A. (2007). Autoridad, clericalismo y tradición. Tres aproximaciones al pensamiento filosófico de Miguel A. Caro. *Universitas Philosophica*, 49, 129-156.
- Sierra Mejía, R. (2006). José María Samper: la decepción del radicalismo. En R. Sierra Mejía. *El radicalismo colombiano del siglo XIX* (pp. 65-89). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Sierra Mejía, R. (2002). Miguel Antonio Caro: Religión, Moral y Autoridad. En R. Sierra Mejía, *Miguel Antonio Caro y la cultura de su época* (p. 394). Bogotá: Universidad Nacional.

- Tovar González, L. (2002). Cinecía y fe: Miguel Antonio Caro y las ideas positivas. En R. S. Mejía. *Miguel Antonio Caro y la cultura de su época* (p. 394). Bogotá: Universidad Nacional.
- Valderrama Andrade, C. (1961). *El pensamiento filosófico de Miguel Antonio Caro*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo.
- Vargas Gillén, G. (1993). *La filosofía del lenguaje o la "ligera excursión ideológica" de Miguel Antonio Caro*. Thesaurus: Boletín del Instituto Caro y Cuervo, 3, 489-555.